

## *El árbol de la vida frente al árbol de la ciencia*

**BELA MARTINOVA\***

**E**n este artículo nos vamos a remitir a dos obras, *El sueño de un hombre ridículo*, de Dostoievski, y *El árbol de la ciencia*, de Pío Baroja, de las que se desprende la importancia que ambos autores otorgaban a la parábola bíblica del árbol de la ciencia frente al árbol de la vida.

Resulta interesante recurrir al contexto bíblico que inunda el mensaje central de las obras de Baroja y Dostoievski, en las que se contrastan los paradójicos contenidos del árbol de la ciencia y el de la vida, respectivamente.

Así, con la ciencia y la vida como dos antagonistas en pugna, se plantean cuestiones filosóficas más que básicas que enfrentan, por un lado, el impulso vital e inmediato de vivir de

modo espontáneo y sin necesidad de racionalizar la vida, y por el otro, el afán de vivir apoyándose eternamente en la muleta de la razón, es decir, en la muleta de la ciencia; apoyo, éste, que a su vez confirma la necesidad de encontrar aquello de lo que se carece.

De este modo, antes de adentrarnos en la contrastación de la temática de estos dos autores, conviene detenernos en la tarea de delimitar los contextos a los que se ciñe el enfoque de cada uno de ellos. En este sentido, en el caso de *El sueño de un hombre ridículo*, existe un claro antagonismo entre dos valores: el bien y el mal.

Se trata de la eterna atribución maniquea de los valores paradisiacos y demoníacos que están en pugna. No obstante, a la visión positiva que fluye en el relato del autor ruso, en el

\* Traductora literaria de ruso y Doctora en Filología Eslava.

que queda patente su inclinación hacia el impulso espontáneo que genera aquello que se relaciona desinteresadamente con la vida, subyace una connotación negativa y trágica en que conviene detenerse. Y es que ocurre que, durante el sueño, una vez se hubo instalado el hombre ridículo a vivir en la Luna, finalmente, los felices habitantes de ese planeta terminan por corromperse al ser instruidos por el hombre ridículo acerca de los derechos, las leyes, la moral y demás valores y categorías que rigen la vida de los civilizados hombres en el conjunto de sus concienciadas sociedades de la tierra.

Es el conocimiento o la caja de Pandora la que, en definitiva, traslada el hombre ridículo a los habitantes de la Luna. Y una vez más, es la conciencia la encargada de proyectar la “verdad”, su verdad, la inferida de sus conocimientos y percepciones, como algo único e irrevocable.

De ahí, lo demoníaco de la sociedad civilizada e instruida en Dostoievski. Por ello, si tan interesante resulta el relato de Dostoievski, es porque la interpretación bíblica de los habitantes de la tierra se equipara al estado ideal del hombre antes del pecado original. En este autor, la balanza se inclina hacia el árbol de la vida, al que siempre se contraponen el árbol de la ciencia.

Pero si el primero cobra tanto peso en su relato, es porque en él se encarna a su vez el grueso de los valores morales; valores comunitarios, intuitivos, inmediatos y espontáneos, a los que se opone la visión negativa que se proyecta en el árbol de la ciencia.

Fiel a su vitalismo, Dostoievski atribuye al árbol de la ciencia las antinomias del árbol de la vida, pues en él se recogen las antinomias de lo anterior, es decir, lo contrario a lo espontáneo y lo inmediato. Por ello, como para él lo contrario a la comunidad es el individualismo, y la espontaneidad a lo meditado, lo intuitivo es a lo racional y la igualdad a la diferencia, nada de extraño tiene que aliándose el hombre

civilizado con la razón, su científica visión de la vida no pueda por menos de tener una visión más vulgar, sopesada, trastocada, y también amoldada básicamente a los valores de utilidad y necesidad; una visión, en definitiva, que le obliga a instrumentalizar cuanto le rodea, aplicando categorías y atribuyendo clasificaciones a todo y a todos. Este ámbito racional, o mejor aún, el científico, convierte al hombre que se supedita a él en un sujeto poco espontáneo y, por tanto, en alguien poco vital.

Dos conceptos claves de Dostoievski vienen a nuestro encuentro para auxiliarnos en la comprensión de este relato, en el que el mito bíblico cobra máxima relevancia. A saber, la verdad como utopía y la conciencia como la contra-utopía.

La conciencia, como atributo más cercano a la razón, se alía con los contenidos científicos y, por tanto, con aquellos que son más próximos a las categorías, las clasificaciones, las distribuciones y las diferencias, contraponiéndose, a su vez, a lo inmediato y lo espontáneo, como es la intuición.

En el relato de *El sueño de un hombre ridículo*, la verdad se capta o, mejor dicho, se ve. Es algo que el autor nos dice que el hombre ridículo ha visto con sus propios ojos; una verdad que resulta tan tangible que casi resulta posible palparla con la vista; algo que no precisa pasar al examen ni exploración científica para comprobar una vez más la fortaleza y el valor de esa tal “verdad”; algo capaz de resistir todas las pruebas de negación posibles que finalmente terminan por hacerla realmente verdadera.

No obstante, la “verdad” para el hombre ridículo comienza a tener vida a raíz del sueño onírico que le dona la ensoñación. Y su existencia se torna en algo tan innegable como el aire que él precisa para respirar.

Esa “verdad” es casi lo más próximo al ente, un algo eterno y verdadero que está ahí, que se capta y se ve, si bien, no con la

vista sensorial, sino con los ojos del alma. Aunque la “verdad” que el hombre ridículo defiende por encima de todo sea un axioma, es a su vez una utopía basada en la ensoñación. Nace en el mundo de los sueños, pero se proyecta hacia la realidad, tornándose ésta, si cabe, más bella. En el mundo onírico donde todo es posible, aferrarse a la belleza es aferrarse al fluido que mana de la vida. Pues si algo ha querido dejar claro Dostoievski en este pequeño relato, es el plausible y necesario contexto de los sueños.

El campo onírico no ha de ser profanado, parece decirnos el autor ruso, pues sólo en él, y a través de él, resulta posible conseguir la quimera de la igualdad de los hombres en la tierra.

Así de contundente y claro es como el autor ruso aboga finalmente por la utopía. A diferencia de Dostoievski, que a través del hombre ridículo presenta la necesidad de defender una utopía por la que merece la pena vivir, ofreciendo una “verdad” onírica capaz de tornarse tangible, Pío Baroja, parece supeditar la ansiada búsqueda de la “verdad” a la necesidad de recurrir a la filosofía; la filosofía como madre y depositaría de la verdad a la que se llega a través del angosto camino de despejar dudas, equívocos y errores. En Baroja, la disciplina filosófica se convierte en el templo y santuario de la razón, donde oculta mora la “verdad”.

Recurriendo a la filosofía, Baroja parece buscar una síntesis capaz de explicar tanto el universo físico como el moral, cosa que no le resulta nada fácil a su personaje, quien vive en el límite de la desesperación y la angustia de no saber qué hacer con la vida, su vida, en definitiva.

Quiere una meta, una orientación, para seguir el arduo camino del vivir, algo que le ayude a caminar en medio del embrollo y el sinsentido.

Por ello, el personaje barojiano, tras divagar en torno a las distintas escuelas filosóficas y

después de rastrear en la filosofía alemana y el pragmatismo inglés, confiesa finalmente que no le resulta nada fácil encontrar la tan ansiada felicidad ni siquiera ayudándose de la “verdad” filosófica, en la que tantas esperanzas había depositado. Duda de si ésta realmente existe, y de si el afán por encontrarla no sería más que una trampa del engaño de los sentidos que nos tienen presos en la caverna de la vida, de su absurdidad y la ausencia de una finalidad concreta.

Sin embargo, a pesar de todo, el punto álgido del relato se halla precisamente en esa búsqueda, abocada eternamente a contraponerse a la carencia de la felicidad en el espíritu del personaje barojiano, quien, ansioso por abrazarla, termina finalmente por reconocer algo que tanto le cuesta y duele; y es que la ciencia o, mejor dicho, el árbol de la ciencia, como representación del progreso y el conocimiento de todas las facetas de la vida que tanto ansiamos, diseña la vida, nos aleja de ella; y su afán por alcanzar lo inalcanzable la va haciendo languidecer paulatinamente.

El pueril empeño del hombre por depositar toda su confianza en la ciencia, le hace ir más allá de ésta, hacia un lugar donde el roce del límite le sitúa en la cima del negro abismo. Ese afán, dice Baroja, vuelve la vida pálida, anémica y triste. Por ello, ante semejante tesis, el autor español, con toda su humildad, reconoce que si bien “la legalidad nos mata... la razón y la ciencia nos apabullan”.

Curiosas semejanzas éstas, las de los relatos de Baroja y Dostoievski que, aunque de distinta forma, los dos vienen a decirnos lo mismo. Ambos recurren al significado de la ley, y a lo que ésta representa; los dos hacen referencia al ámbito de la jurisdicción terrena que el hombre ha diseñado. “La legalidad nos mata”, dice Baroja.

Dostoievski, a su vez, esbozando el efecto negativo y casi perverso de las leyes, del derecho, de la justicia y demás valores y categorías que rigen la vida de las civilizadas y con-

cienciadas sociedades que reinan en la Tierra, plasma la mella que la instrucción de la legalidad puede hacer en el hombre que no precisa inventar leyes, porque en el ámbito paradisíaco en el que reinan y predominan las virtudes del árbol de la vida, éstas son impensables porque son innecesarias. De este modo, así es como los dos autores parecen rechazar el así llamado “paraíso materialista”, el paraíso con que sueñan los idealistas que depositan en la ciencia todas sus esperanzas; el de la implacable e impecable verdad con sus inamovibles leyes que, con el burdo empeño de reducirlo todo a la materia y la ley científica, se rodea de infinitas varas de medición, cuya finalidad siempre termina estancándose en las jocosas tablas diferenciales. Más exactamente, se trata de las tablas de las diferencias y categorías que plasman, aplican, reflejan, sitúan y reducen a todos y a todo, a lo cuantificable, al número, en definitiva.

Frente al sinsentido, al materialismo y la ausencia de misterios y sorpresas, Baroja aboga por la afirmación del conjunto de mentiras y verdades, que son, dice, de uno; tan de uno, que éste termina por convertirlos en algo vivo. “Algo que, aunque sea una mentira salida de nosotros mismos, parece una verdad llegada de fuera”.

Y precisamente esa mentira, convertida en verdad, es lo que otorga al mensaje barojiano el profundo toque cervantino de un sujeto perdedor, de un Quijote que, al igual que el hombre ridículo de Dostoievski, prefiere enloquecer en la ensoñación de su verdad-mentira, antes de pactar con el gélido aliento materialista que abraza al hombre cuando éste descubre que tras aquella ansiada verdad científica, por la que él tanto ha sacrificado, y en pos de la cual se ha precipitado, más allá de ella, no existe más que el negro abismo que le retuerce en el dolor de la nada.